

DOUGLAS STUART  
**Historia de Shuggie Bain**

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativasextopiso





# Historia de Shuggie Bain

DOUGLAS STUART

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Shuggie Bain*

Copyright © DOUGLAS STUART, 2020

Primera edición: 2021

Traducción

© FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

Imagen de portada

© JEZ COULSON

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021

América, 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-36-3

Impreso en México



The translation of this book was made possible with the help of the Publishing Scotland's translation fund.



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

A mi madre, A. E. D.



1992  
SOUTH SIDE





## UNO

Era un día opaco. Tenía la mente en otro lugar aquella mañana, pero su cuerpo, en cambio, seguía deambulando por allí. Aquel cuerpo vacío iba completando con languidez las tareas rutinarias, con los ojos ausentes y la piel pálida bajo los tubos fluorescentes, mientras su alma flotaba sobre los pasillos sin dejar de pensar en el mañana. El mañana era algo que anhelaba con todas sus fuerzas.

Shuggie lo organizaba todo metódicamente antes de comenzar el turno. Vertía las salsas aceitosas y las cremas untables en fuentes limpias. Se aseguraba de que no quedase ningún resto en los bordes, ya que se pondría oscuro enseguida y arruinaría la ilusoria impresión de producto fresco. Coronaba artísticamente las lonchas de jamón con ramitas de perejil artificial y volcaba las aceitunas para que el jugo viscoso se derramase como mucosa sobre su piel verde.

Anne McGee, la dueña, tuvo la desfachatez de llamar aquella mañana y decir que estaba enferma otra vez, dejándolo con la ingrata responsabilidad de tener que encargarse él solo de la charcutería y el asador. Era imposible empezar bien ningún día con seis docenas de pollos crudos, pero hoy, que además tendría que poner fin a sus apacibles ensoñaciones, menos aún.

Ensartó todas las aves en pinchos industriales y luego las fue colocando cuidadosamente en fila. Estaban allí, frías y muertas, con las alas cruzadas sobre sus rollizas pechugitas, como tantos otros pollos decapitados. Hubo un tiempo en que se habría sentido orgulloso de su impecable orden. En realidad, clavar el metal en aquel pellejo rosa y granulado era

la parte fácil del asunto; lo verdaderamente difícil era vencer el impulso y no hacer lo mismo con las clientas. A través del ardiente cristal, se ponían a escrutar todos y cada uno de aquellos cadáveres hasta que elegían el mejor, sin saber que en realidad todos los pollos eran idénticos, pues procedían de granjas intensivas. Shuggie se quedaba allí, pinzándose el interior de los carrillos con los molares posteriores, condescendiendo a la indecisión de las clientas con una sonrisa forzada. Acto seguido daba comienzo la auténtica pantomima.

—Ponme tres pechugas, cinco muslos y una alita, hijo.

Le rogaba a Dios que le diese fuerzas. ¿Por qué nadie quería ya un pollo entero? Valiéndose de unas largas tenazas, cogía el cadáver y se aseguraba de no tocar ningún ave con los guantes; luego lo trinchaba hábilmente (dejando la piel intacta) con unas tijeras de cocina. Allí, frente a las luces del asador, se sentía como un imbécil. El cuero cabelludo le sudaba bajo la redecilla, no tenía fuerza en las manos para despedazar debidamente el pollo con las tijeras. Tenía que encorvarse un poco, lo justo para activar los músculos de la espalda y ejercer más presión sobre las muñecas, y todo sin perder en ningún momento la sonrisa.

A veces, si tenía muy mala suerte, las tenazas se le resbalaban y el pollo acababa rodando por el áspero suelo. Entonces tenía que hacer el numerito de disculparse y empezar de nuevo, aunque en realidad nunca desperdiciaba un pollo sucio. En cuanto las mujeres se daban la vuelta, lo volvía a poner junto a sus hermanos bajo las ardientes luces amarillas. La higiene era importante para él, pero esas pequeñas victorias privadas mitigaban en parte sus deseos de sublevación. Era lo que se merecían la mayoría de las amas de casa que compraban allí, con esas caras de marimacho que tenían, por criticonas. Lo miraban con tal desprecio que la nuca se le ponía de un rojo escarlata. Si tenía un día especialmente malo, le daba por echar todo tipo de fluidos corporales en la *taramosalata*. Era inquietante lo mucho que se vendía esa mierda burguesa a base de huevas de pescado.

Llevaba más de un año trabajando en el Kilfeathers. Nunca había tenido intención de quedarse tanto tiempo. Pero, claro, tenía que comer y pagar la renta semanal, y aquel supermercado era el único sitio donde contrataban a gente como él. El señor Kilfeather era un cabrón y un cicatero; solo quería empleados a los que no tuviese que pagar un sueldo íntegro de adulto, y a Shuggie le venían bien esos turnos cortos, pues podía compaginarlos con las clases en el instituto. Soñaba con dejar aquello y prosperar. Lo que de verdad le gustaba, desde siempre, era el pelo, cepillarlo, jugar con él: era la única actividad con la que el tiempo se le pasaba volando. Cuando cumplió los dieciséis, se prometió a sí mismo que iría a la escuela de peluquería, situada al sur del río Clyde. Así que después de reunir todas sus fuentes de inspiración —bocetos copiados del catálogo Littlewoods y varias páginas arrancadas de la revista *Sunday*—, tomó un autobús y fue al Cardonald College a solicitar información sobre las clases nocturnas. Se bajó en la parada de la escuela junto con media docena de chicos de dieciocho años que iban vestidos a la última e intentaban disimular sus nervios con una charla confiada y enérgica. Shuggie caminaba la mitad de rápido que ellos. Los vio entrar por la puerta principal y, acto seguido, cruzó de nuevo la calle para tomar el autobús que iba en dirección contraria. Una semana después, empezó a trabajar en el Kilfeathers.

Shuggie se pasó gran parte del descanso examinando latas defectuosas de la sección de ofertas. Encontró tres latitas de salmón escocés sin apenas desperfectos. Las etiquetas tenían arañazos y marcas, pero las latas en sí estaban intactas. Pagó la pequeña compra con su último salario y metió las latas en la vieja mochila del colegio, que a su vez guardó en la taquilla, bajo llave. Subió las escaleras hasta la cantina e intentó aparentar indiferencia al pasar junto a las mesas de universitarios que trabajaban en el Kilfeathers solo durante el verano y se pasaban el descanso dándoselas de importantes con sus carpetas llenas de apuntes y esquemas. Clavó la mirada en un punto

indefinido y se sentó aparte, no con las chicas que trabajaban de cajas, pero bastante cerca de ellas.

En realidad, las chicas eran tres mujeres de Glasgow de mediana edad. Ena, la líder, era un fideíllito con cara de póker y el pelo grasiento. Prácticamente no tenía cejas, pero sí un leve bigote, algo que a Shuggie le parecía injusto. Ena era fea incluso para esta zona de Glasgow, pero también buena y generosa, como solo sabe serlo la gente que la tiene difícil. Nora, la más joven de las tres, llevaba el pelo repeinado hacia atrás, muy estirado, sujeto con una liga. Sus ojos, al igual que los de Ena, eran pequeños y afilados, y a sus treinta y tres años ya era madre de cinco hijos. La última del grupo era Jackie. Lo que la distinguía de las otras dos era que, a grandes rasgos, sí parecía una mujer. De hecho, era una mujerona, con sus buenas curvas, y chismosa como ella sola. Jackie era la favorita de Shuggie.

Se sentó cerca de ellas en el momento justo para enterarse del final de la saga del último novio de Jackie. Eran mujeres de buen corazón y siempre estaban chismeando, por descontado. Un par de noches se lo habían llevado al bingo y, mientras se tomaban sus copitas y se reían a carcajada limpia, él se quedaba sentado entre ellas, como un adolescente irresponsable al que no se puede dejar solo en casa. Shuggie se sentía cómodo, era fácil estar con ellas. Le gustaba el modo en que lo rodeaban entre todas, sus carnes blandas presionándole los costados. Estaban todo el rato toqueteándolo; aunque él les decía que lo dejasen en paz, en el fondo le encantaba cuando le apartaban el flequillo de los ojos o se chupaban los pulgares para limpiarle las comisuras de los labios. Para las mujeres, él ofrecía una suerte de atención masculina, independientemente de que solo tuviese dieciséis años y tres meses. En las mesas del bingo La Scala, aquellas mujeres habían intentado al menos una vez restregarse contra la verga de Shuggie. Eran caricias demasiado largas y anhelantes como para ser accidentales de verdad. En el caso de Ena, la sin cejas, la cosa podía llegar a tomar tintes de cruzada. Cuantas más copas llevaba encima, más descarada se volvía. Una vez empezó a rozarle la entrepierna con los nudillos

mientras se relamía los labios y lo miraba fijamente con sus fogosos ojos. Shuggie acabó poniéndose como un tomate; frustrada, Ena chasqueó la lengua y Jackie plantó dos billetes de una libra sobre la mesa: Nora había ganado y estaba sonriendo de oreja a oreja. Fue decepcionante, claro, pero se tomaron unas cuantas copas más y llegaron a la conclusión de que no había sido un rechazo exactamente. Al muchacho le pasaba algo, algo que les producía lástima más que otra cosa.

Shuggie estaba sentado en la oscuridad escuchando los irregulares ronquidos que atravesaban las paredes de la vivienda. Intentaba, sin éxito, ignorar a aquellos hombres solitarios, sin familia, sin nadie. El frío de la mañana había convertido sus muslos desnudos en un tartán azul, así que cogió una fina toalla, se envolvió en ella para entrar en calor y empezó a mordisquearla por una esquina. Le producía alivio sentir el tejido entre los dientes. Colocó el dinero de los últimos sueldos del supermercado en el borde de la mesa. Primero ordenó las monedas por valor, después por acuñación y brillo.

En la habitación de al lado se oyeron crujidos, el hombre de la cara rosa estaba volviendo a la vida. Tumbado en el catre, empezó a rascarse enérgicamente el cuerpo mientras rezaba entre susurros por que Dios le diese fuerzas para levantarse. Sus pies golpearon el suelo, un ruido sordo, como bolsas llenas de filetes del carnicero, y por los sonidos que hizo, parecía que le estaba costando mucho atravesar la pequeña habitación y llegar a la puerta. Buscó la llave a tientas y salió al pasillo, que siempre estaba oscuro, deslizando la mano a ciegas por la pared, apoyándose en la puerta de Shuggie. El chico contuvo la respiración mientras los dedos del señor recorrían la moldura. Hasta que no oyó el ploc ploc del cordón de la lámpara del baño, Shuggie no volvió a moverse. Después, el viejo empezó a toser, sus pulmones expectorando, regresando a la vida. Shuggie trató de no escuchar cómo meaba y escupía esputos al escusado al mismo tiempo.

La luz de la mañana era del color del té con demasiada leche. Se estaba colando en el estudio como un fantasma cauteloso, había atravesado la alfombra y ascendía lentamente, centímetro a centímetro, por sus piernas desnudas. Shuggie cerró los ojos e intentó sentir cómo la luz trepaba por él, pero era una sensación desprovista de calor. Esperó un poco más, hasta que creyó estar totalmente envuelto en luz, y volvió a abrir los ojos.

Allí estaban mirándolo, cientos de pares de ojos pintados sobre porcelana, solitarios o con el corazón roto, tal y como habían estado siempre. Las bailarinas con los cachorrillos, los marineros bailando con la chica española, y el joven granjero de tez rosada tirando del perezoso caballo de Shire. Shuggie había colocado cuidadosamente las figuritas sobre la repisa de la ventana mirador. Se había pasado horas inventándose historias sobre ellos. El herrero con sus fuertes brazos entre los niños del coro, todos con cara de ángeles; o su favorita: seis o siete gatitos gigantes sonriendo y amenazando al gandul del pastor.

Al menos le daban un poco de vida a aquel espacio. El estudio era más alto que largo; la cama individual, situada en el centro, servía de pared divisoria. A un lado había un antiguo sofá de dos plazas, de esos de madera, con el acolchamiento tan fino que siempre se le clavaban los resortes en la espalda. Al otro lado se encontraban un pequeño refrigerador y una estufa Baby Belling de dos fuegos. A excepción de las sábanas arrugadas, todo estaba en orden: ni polvo, ni ropa sucia del día anterior, ningún signo de vida. Shuggie intentó tranquilizarse mientras alisaba las sábanas con la mano. Se acordó de su madre; qué disgusto tan grande se habría llevado si hubiese visto aquella cama, con cada sábana de un color y un diseño diferentes, una encima de la otra, a saber lo que diría la gente. Semejante leonera habría herido su orgullo. Algún día, Shuggie tendría dinero y se compraría sus propias sábanas, suaves y calentitas, y todas a juego.

Tuvo suerte de que la señora Bakhsh, la dueña de la pensión, le alquilase el estudio. También de que al viejo que estaba

antes que él lo hubiesen encarcelado por su afición a empujar el codo. La amplia ventana mirador se asomaba orgullosa a Albert Drive. Shuggie supuso que su habitación había sido antaño la sala de un gran departamento de tres dormitorios. También le enseñaron otras habitaciones de la casa. La cocinita —que la señora Bakhsh había convertido en un dormitorio— conservaba el suelo original de linóleo con cuadros en blanco y negro; las tres habitaciones restantes, más compactas, seguían teniendo las alfombras originales, raídas al día de hoy. El hombre de la cara rosa vivía en lo que en su época debió de ser el cuarto del bebé, con las paredes empapeladas de flores amarillas y un desfile de risueños conejitos bordeando la moldura del techo. El sofá, la cama y la cocina estaban en la misma pared, todo apelotonado. Shuggie lo vio un día que había dejado la puerta entreabierta, y se alegró de tener su enorme ventana mirador.

Había tenido suerte de dar con los paquistaníes. Los demás propietarios se habían negado a tratar con un chico de quince años que pretendía hacerles creer que había cumplido los dieciséis el día anterior. No lo dijeron abiertamente, pero tenían demasiadas preguntas. Lo miraron de arriba abajo, con recelo, fijándose en la camisa del colegio que llevaba puesta, los zapatos tan limpios y brillantes. «Esto no pinta bien», dijeron sus ojos. Y por la mueca de sus labios supo lo que estaban pensando: qué desgracia, un chico de su edad sin madre ni ningún familiar ni nadie.

A la señora Bakhsh le dio igual. Miró la mochila del colegio, la renta de un mes que le iba a pagar por adelantado y se largó de allí: ella ya tenía sus propios críos a los que alimentar y de los que preocuparse. Shuggie había decorado con bolígrafo azul el sobre del dinero especialmente para ella. Era su forma de demostrarle que le importaba hacer bien las cosas, que era lo bastante responsable como para tomarse ese tipo de molestias. En una hoja arrancada del cuaderno de Geografía había dibujado formas de cachemira para adornar el nombre de la señora; luego fue coloreando los huecos que quedaban

entre las líneas en un glorioso azul cobalto que realizaba aquellas formas sinuosas.

La propietaria vivía enfrente, en un departamento idéntico, pero lleno de muebles y con calefacción central. En el otro apartamento —el frío—, la señora proporcionaba alojamiento a cinco hombres, cada uno en una habitación, por dieciocho libras y cincuenta peniques a la semana, renta que recaudaba semanalmente y solo en efectivo. Los dos hombres que no recibían ninguna prestación social, en cuanto conseguían un trabajo, tenían que meter la primera paga semanal del mes bajo la puerta de la señora apenas cobraban, antes de irse al pub y beberse el resto. Se ponían de rodillas sobre el felpudo y se quedaban allí un momento, espionando la alegría que emanaba de dentro: el olor de la carne de pollo cocándose en peroles, la feliz algarabía de los niños peleándose por qué canal ver en la tele, las risas de rollizas mujeres diciendo palabras extranjeras en torno a mesas de cocina.

La propietaria nunca molestaba a Shuggie. No pisaba ninguna habitación salvo en caso de demora en el pago de la renta. Cuando eso ocurría, aparecía con otra mujer paquistaní de gruesos brazos y entre las dos se ponían a aporrear las puertas de los morosos. La mayoría de las veces solo iba para pasar la aspiradora al pasillo —que no tenía ventanas— o para limpiar el baño. Una vez al mes echaba lejía en el escusado, y de vez en cuando ponía un trozo nuevo de alfombra alrededor de la base del inodoro para absorber las salpicaduras de meados.

Shuggie apoyó la cara en la puerta y escuchó al hombre de la cara rosa finalizar sus abluciones. En el silencio, oyó cómo abrió el pestillo del baño y salió de nuevo al pasillo. El chico metió los pies en sus viejos zapatos del colegio. Directamente sobre los calzones, se puso la ruidosa parka de piel sintética rematada con una capucha de piel. Se subió el cierre hasta arriba y se metió una bolsa del Kilfeathers y dos paños de cocina en los amplios bolsillos militares.

El hueco entre el suelo y la puerta de su habitación estaba tapado con un suéter. Cuando lo quitó, una fría corriente de



aire le trajo el olor de los otros hombres. Uno de ellos se había pasado la noche fumando; otro había cenado pescado. Shuggie abrió la puerta y se internó en la oscuridad.

La señora Bakhsh se había llevado el único foco que colgaba del sóquet del techo, decía que los hombres la dejaban encendida a todas horas y le estaban haciendo perder un dineral. Ahora, el olor de aquellos hombres flotaba en el pasillo como un rastro espectral, a salvo de la brisa y de la luz. Años y años fumando en el mismo sitio donde dormían, comiendo fritanga delante de estufas de gas Calor, pasando los días de verano con las ventanas cerradas. El olor rancio a sudor y semen se mezclaba con el calor estático de los televisores en blanco y negro y el pungente aroma a ámbar de la loción de afeitar.

Últimamente, Shuggie había aprendido a diferenciarlos. En la oscuridad, era capaz de seguir los pasos del hombre de la cara rosa cuando se levantaba para afeitarse y engominarse el pelo con Brylcreem; también podía percibir el olor a humedad del abrigo del señor de los dientes amarillos, el tipo solo comía cosas que oliesen a palomitas de maíz con mantequilla o a pescado a la crema. Más tarde, cuando los pubs cerraban, Shuggie era capaz de precisar el momento exacto en que cada hombre regresaba a casa, sano y salvo.

El baño compartido tenía una puerta de vidrio texturizado. Echó el pestillo y jaló un momento la perilla para asegurarse de que estaba bien cerrada. Se desabrochó el pesado rompevientos y lo puso en una esquina. Abrió el grifo del agua caliente para sentir el agua, al principio estaba templada por el calor residual, luego el grifo pegó como dos bufidos y salió más fría que el agua del Clyde. El frío fue tan desagradable que tuvo que meterse los dedos en la boca. Cogió una moneda de cincuenta peniques, le dio la vuelta con tristeza y, tras introducirla en el calentador de inmersión, observó cómo la llamita de gas cobraba vida.

Cuando abrió el grifo otra vez, el agua salió congelada y, entonces, con una tos, empezaron a caer chorros de agua hirviendo. Mojó el paño de cocina, se lo pasó por su helado y pávido pecho, luego por el cuello, y sintió alivio al ver el calor

humeante que desprendía el trapo. Hundió la cara y la cabeza en ese extraño calor y deseó estar en una tina llena hasta el borde, inmerso en aguas calientes, lejos de los olores del resto de inquilinos. Hacía mucho tiempo que no sentía todas las partes de su cuerpo calientes a la vez.

Levantó el brazo y se frotó con el paño desde la muñeca hasta el hombro. Puso la musculatura del brazo en tensión y se rodeó el bíceps con los dedos. Si lo intentaba de veras, casi podía tocarse los dedos, y si apretaba fuerte, podía sentir el contorno del hueso. Su axila estaba cubierta por una fina pelusilla, como las plumas de un patito que acaba de romper el cascarón. Acercó la nariz, olía a dulce y a limpio y a nada más. Se pellizcó sus blandas carnes con fuerza hasta que se pusieron rojas de frustración; se olió los dedos de nuevo: nada. Frotándose ahora con más ahínco, empezó a repetir en voz baja:

—Resultados de la liga escocesa de fútbol. Rangers: 22 victorias, 14 empates, 8 derrotas, 58 puntos en total. Aberdeen: 17 victorias, 21 empates, 6 derrotas, 55 puntos en total. Motherwell: 14 victorias, 12 empates, 10 derrotas...

En el espejo, su pelo mojado lucía negro como el carbón. Se lo peinó hacia delante, tapándose la cara, y se sorprendió al comprobar que casi le llegaba a la barbilla. Intentaba hallar algo masculino en él, algo que pudiese admirar; los rizados negros, la piel lechosa, los pómulos altos. Observó el reflejo de sus propios ojos en el espejo. Pero nada. Los chicos de verdad tenían otros rasgos, otras hechuras. Se frotó de nuevo.

—Rangers: 22 victorias, 14 empates, 8 derrotas, 58 puntos en total. Aberdeen: 17 victorias...

Entonces se oyeron pasos en el pasillo, el familiar crujido de unos pesados zapatos de cuero y, luego, nada. La fina puerta tembló obstinadamente contra el cierre. Shuggie cogió la parka militar y se envolvió el húmedo cuerpo con ella.

Cuando recién se mudó al estudio de la señora Bakhsh, solo uno de los inquilinos reparó en su presencia. Tanto el hombre de la cara rosa como el de los dientes amarillos iban tan a lo suyo, o estaban tan pedos, que no le prestaron ninguna

atención. Pero aquella primera noche —Shuggie estaba sentado en la cama comiéndose el borde de una barra de pan untado en mantequilla— se oyó un golpe en la puerta. El hombre que había al otro lado era alto y fornido y olía a jabón de pino. En la mano llevaba una bolsa de plástico con doce latas de *lager* que tintineaban como las campanas de una iglesia. El hombre le tendió la mano, se presentó como Joseph Darling y le ofreció la bolsa con una sonrisa. Shuggie intentó decir «no, gracias» del modo educado en que le habían enseñado, pero aquel hombre tenía algo que lo intimidaba, y finalmente lo dejó entrar.

Se sentaron en silencio, Shuggie y su invitado, uno al lado del otro, en el borde de la impoluta cama individual, mirando hacia los edificios de la calle. Había familias protestantes cenando delante del televisor, y la señora de la limpieza que vivía enfrente estaba comiendo sola en su mesa abatible. Sin decir nada, le dieron un sorbo a la lata mientras contemplaban las vidas rutinarias de sus vecinos. El señor Darling se había dejado puesto el abrigo de *tweed*. La cama se hundió por el lado donde estaba sentado el hombre y Shuggie se resbaló hacia él. Por el rabillo del ojo, el chico observó cómo el hombre se retorció nervioso sus amarillentos dedos. Shuggie solo le dio un sorbo a la *lager*, por no ser maleducado, y mientras el hombre le hablaba, no dejaba de pensar en el sabor de la cerveza, en lo amargo y triste que era. Le traía cosas a la memoria que prefería olvidar.

El señor Darling parecía un tipo comedido y un tanto reservado. Shuggie hacía lo posible por ser correcto y prestarle atención mientras el hombre le contaba que antes trabajaba de conserje en un colegio protestante, pero que el colegio cerró porque se fusionó con otro católico debido a los recortes municipales. Al escucharlo, daba la impresión de que al señor Darling le afectaba más el hecho de que chicos protestantes y católicos conviviesen en armonía que la pesadumbre de haber perdido su empleo.

—Es que es increíble —dijo más bien para sí mismo—. En mis tiempos, la religión no era ninguna broma. Te subías al autobús del colegio y tenías que abrirte paso entre estúpidos católicos sin educación ni modales. La religión era algo de lo que uno se enorgullecía. Ahora cualquier muchacha de buena familia es capaz de acostarse con el primer perro católico que se le cruce.

Shuggie fingió darle un sorbito a la cerveza, pero en realidad la dejó correr entre los dientes y la mayor parte cayó de nuevo en la lata. Los ojos del señor Darling inspeccionaron las paredes en busca de alguna señal. Luego lanzó una mirada recelosa al chico y, asaltado por la repentina duda de quién era su interlocutor, le preguntó:

—¿Y tú a qué escuela fuiste?

Shuggie sabía adónde quería llegar.

—En realidad no soy ni católico ni protestante, y todavía estoy en el instituto.

Era cierto, no era ni una cosa ni la otra, y todavía iba al instituto, siempre que los turnos del supermercado se lo permitiesen.

—¿Sí? ¿Y qué asignatura se te da mejor?

El chico se encogió de hombros. No era falsa modestia, en general no destacaba en nada. Su asistencia era irregular en el mejor de los casos, por lo que seguir el hilo de las clases no le resultaba fácil. Casi siempre se sentaba en el fondo intentando no llamar demasiado la atención para que los del Consejo de Educación no se le echaran encima por su absentismo. Si supiesen cómo vivía, se verían obligados a tomar medidas.

El hombre se acabó la segunda lata y, un momento después, abrió la tercera. Shuggie sintió el calor del dedo del señor Darling en un lateral de la pierna. El hombre había puesto la mano sobre la cama, y su dedo meñique —con su magnífico sello de oro— le estaba rozando el muslo. El dedo no se movía ni se doblaba. Simplemente estaba allí, quieto, cada vez más caliente.

Shuggie estaba ahora en la puerta del húmedo baño con el cierre de la parka hasta arriba. El señor Darling le ofreció un

saludo a la vieja usanza, tirándose de un extremo del gorro de *tweed*.

—He pasado para ver si ibas a estar hoy por aquí.

—¿Hoy? No sé. Tengo que hacer algunas compras.

Una nube de decepción cruzó el rostro del señor Darling.

—Con el día de perros que hace.

—Sí. Pero es que quedé con un amigo.

El hombre se relamió sus enormes dientes blancos. Era tan alto que aún no le había dado tiempo a erguirse del todo. Shuggie se imaginó a generaciones de chicos protestantes en fila india, aterrorizados por su larga sombra. Entonces se dio cuenta: el señor Darling tenía la cara encendida y una gota de ese sudor típico de los bebedores le había llegado ya al borde de la ceja. El hombre había estado agachado mirando por el ojo de la cerradura, a Shuggie no le cabía la menor duda.

—Qué pena. Yo iba a cobrar el paro ahora, pensaba pasarme por el *Brewers Arms* a tomar algo y luego igual echo una quiniela. Pero después me gustaría tomarme unas cheves contigo. Y ver los resultados de la liga en la tele. Si quieres te enseño más cosas sobre la liga inglesa.

El hombre miró al chico y se llevó la lengua a los molares posteriores.

Si jugaba bien sus cartas, Shuggie siempre podía sacarle unas cuantas libras al tipo. Pero entre que iba a la oficina de correos a cobrar el desempleo, a la casa de apuestas y a la licorería, el señor Darling no volvería a la pensión hasta las tantas, y eso si la encontraba, claro. Shuggie no podía esperar tanto.

Entonces empezó a quitarse la parka y el señor Darling fingió no mirar mientras el abrigo se iba abriendo poco a poco. Sin embargo, el hombre no parecía capaz de controlarse y el chico vio cómo el destello de sus ojos verdes se volvía cada vez más turbio. Shuggie sintió la tórrida mirada del hombre en su pálido pecho y descender después hasta sus holgados calzones y sus piernas tan lampiñas, tan poco formadas, que parecían hilachos colgando de las faldas de su abrigo negro.

Solo entonces sonrió el señor Darling.